LOS ESTADOS DE FLANDES
POLÍTICA Y MILICIA*

La herencia de Carlos de Austria.

Los Estados de Flandes fueron una herencia de Carlos de Gante, quien los hubo por la línea de Borgoña.

Carlos había nacido en la ciudad de Gante, a las tres y media de la madrugada del día 25 de febrero del año bisiesto de 1500. Así lo prueba documentalmente don Manuel Foronda en su monumental obra *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*, en la que puntualiza dónde pasó el César todos y cada uno de los días de su vida, desde el de su nacimiento al de su muerte. Trece días después fue bautizado en la Iglesia de San Juan, de la misma ciudad de Gante.

Carlos era hijo de Felipe de Austria, llamado el Hermoso, y de Juana de Aragón y de Castilla, conocida por la Loca; nieto, por tanto, por línea paterna de Maximiliano de Austria y de María de Borgoña; y por línea materna de don Fernando de Aragón y de doña Isabel de Castilla, conocidos por los reyes católicos y ambos de la Casa de Trastamara.

Carlos debió sus distintos Estados, como más de una vez se ha puntualizado, a una serie de azares sucesorios. Como

---

* Conferencia pronunciada en el Ateneo de Santander el día 31 de octubre de 1957.

hijo de Felipe el Hermoso, y nieto por tanto, de María de Borgoña, Carlos podría ostentar en su día los derechos tanto al Imperio como a la herencia de Borgoña. Como hijo de una princesa de Castilla y Aragón, sus derechos a los Estados de estas coronas eran ya más problemáticos, pues entre él y el trono se interponían varios varones y varias hembras, con derecho preferente al de su madre y, por ende, al suyo. Fue necesaria la muerte de todos ellos para que Juana la Loca llegara a convertirse en heredera de las reyes católicos, y el trastorno de la misma permitiera a Carlos ser rey en plena juventud y, que en vida de su madre, gobernara la herencia de España, a la que, de otro modo, hubiera llegado más que pasada la edad madura y caduco ya, pues envejeció prematuramente.

Los dominios de Carlos eran un verdadero complejo de Estados y territorios. De un lado, la herencia de Borgoña que estaba constituída por un conglomerado de posesión alodial y feudal, siendo los feudos dependientes en parte de Alemania y en parte de Francia. De tal suerte que, al firmarse la paz de Madrid en 1526, pudo muy bien decir Carlos que cesaba, en tanto era duque de Borgoña, de ser feudatario del rey de Francia, su rival, al que tenía prisionero, si bien el emperador aludió toda su vida con gusto al hecho de ser, por su origen, par de Francia, y, por su sangre, un Valois.

Al heredar los dominios de España, Carlos se convirtió en rey de Castilla, de Aragón, de Granada, de Navarra. Por Aragón le llegaban Baleares, Cerdeña, Sicilia y Nápoles. Por rey de Castilla se hacía señor de las Nuevas Indias Occidentales y lograba las posesiones de la costa septentrional de Africa.

La soberanía de Carlos como emperador se extendía a los territorios austriacos y a los de la Alta Alemania, y en el Norte de Italia al ducado de Milán.

Nos toca detenernos en la herencia de Borgoña, dentro de la cual se hallan los Países Bajos o Estados de Flandes, que de ambas formas son denominados en la historia.

Los Estados de Flandes.

La Casa de Borgoña era la línea más joven de la Casa real francesa. Su feudo real había comprendido el ducado de Borgoña con Dijon y varias posesiones en las costas de Flandes, y Artois y Picardía, con Arrás, Lille, Ypres, Gante y Brujas; feudos alemanes eran el condado libre de Borgoña, o sea, el llamado Franco Condado, con Dole y Besançon, y al Este Flandes, Brabante con Bruselas, Lovaina, Malinas y Amberes, abarcando hasta el Norte, hasta Hertegenbochs en la desembocadura del Mosa. Al Sur Henao con Mons y Valenciennes, después Namur, junto al mismo Mosa, y más al Este los antiguos Condados de Luxemburgo y Limburgo, y, finalmente, las tierras comerciales del Delta del Rhin, y, más al Norte, las entonces inundadas llanuras de Holanda y Zelanda, y Amberes, La Haya, Leyden y Delft con Vere y Midelburg, en las Islas Meridionales. Y Güeldres, Frisia y Groninga.

Los llamados Países Bajos o Estados de Flandes estaban integrados políticamente por diecisiete provincias que ocupaban las tierras llanas a lo largo del Mar del Norte, esto es, lo que hoy es Bélgica, Holanda y el Norte de Francia. La mayoría de sus habitantes eran flamencos u holandeses, que hablaban flamenco, muy parecido al alemán; pero muchos habitantes de la parte Sur, llamados valones, hablaban francés.

Estas provincias fueron primeramente simples feudos en los que mandaban nobles belicosos que habitaban en casas solariegas y palacios y que dominaban en los campesinos. En el curso de los siglos XII, XIII y XIV fueron surgiendo las villas y las ciudades, ricas y poderosas, que obtuvieron de los señores la concesión de fueros. Se ha dicho que estas ciudades eran de hecho repúblicas autónomas. Pero a finales del XIV y a principios del XV, los duques de Borgoña, feudatarios del rey de Francia, fueron apropiándose estas ciudades, unas veces por enlaces matrimoniales, otras por compras y otras por violencias e intrigas, estableciéndose una fuerte organización apoyada por la nobleza y el clero y respetada por las ciudades.

En la segunda mitad del siglo XV, se constituyó un Parlamento que se denominó "Estados Generales", y, más tarde, un Consejo con poder supremo en materias judiciales y financieras, cuyo jefe o primer magistrado se llamó Statuder.

Ya hemos dicho antes que Luis XI arrebató a la Casa de Borgoña el ducado de este nombre. Pero los herederos de Carlos el Temerario conservaron los Países Bajos, que por el matrimonio de María, hija de dicho Carlos, con Maximiliano, pasaron a la Casa de Austria. Carlos el Temerario no pudo construir un reino intermedio entre Alemania y Francia, pero la dominación de la Casa de Austria sobre los Países Bajos fue larga y rica en incidencias de decisiva influencia en la historia de Europa. Los Países Bajos estaban encuadrados al Norte y Oeste por el Mar de Norte, al Sur por Francia y al Este por Alemania.

La vida en los Estados de Flandes.

"Por su población, lengua y formas económicas —ha dicho Karl Brandi, el historiador alemán— estas tierras eran todas tan desiguales como su pasado político. Pero existía en ellas una gran parte de su riqueza cultural como encantadora reserva pletórica de futuros políticos. Desde Flandes y Artois hasta Brabante, antiguas regiones industriales, en relación con el mundo lejano, a través de sus puertos de mar, mantenían una importante exportación e importación, especialmente de telas y lanas. Desde el Sur se relacionaba, a través de ellas, el comercio italiano con el anglo-escocés y el hanseático del Norte. A Portugal y Castilla se dirigían hacia el Oeste, así como en los barcos hanseáticos llegaban hasta lo más profundo del Báltico oriental. En el comercio del Este tomaban parte, en barcos propios, las comarcas holandesas y frisias: Kampen, Zwolle, Deventer, y tenían antiguas alianzas con la Liga Hanseática. Los pescadores y marinos necesitaban sal y madera, y toda la tierra baja, rica en ganados, precisaba de antiguo un suplemento de granos".

Las provincias que integraban los Estados podían dividirse en dos grupos: las del Sur, habitadas por los belgas, descendientes de celtas y romanos, y que a su vez se dividían en flamencos y valones; y las del Norte, pobladas en parte por los frisones, descendientes de los sajones. La unidad de las provincias fue en un principio débil, sin que incluso se encontrara un nombre para designarlas colectivamente, y así se habló algunas veces de Flandes, otras de la Baja Alemania. Prevaleció el nombre de Flandes, porque en el Flandes propiamente dicho se encontraban las ciudades más florecientes. La población del país era densa, sobre todo en comparación con la de España. Y la diversidad de razas favorecía el que se hablaran varios idiomas. Eran muchos los que sabían el alemán, el francés, el flamenco y aun el latín.

Digamos algo de las ciudades principales. Citemos a Malinas, de Brabante, la ciudad parlamentaria, residencia de la alta burocracia, de los tribunales de justicia, de los abogados. Allí residió la gobernadora Margarita de Austria, tía de Carlos, pasando éste en ella sus primeros años. Recordemos a Lovaina, también de Brabante, la ciudad universitaria, la ciudad de los profesores, doctores, licenciados y estudiantes. Cambray, residencia del alto clero, centro religioso del país. En ella se oía y se admiraba el reloj de música de campanas más notables, que al dar las horas, en cada una de ellas, ponía a la vista una escena de la Pasión de Cristo, en figuras de tamaño natural. Gante, la ciudad de la industria y de los gremios, que custodiaban sus privilegios en una caja de hierro de tres llaves. Hay que mencionar también a Amberes, de Brabante, Brujas, de Flandes, ciudades ambas que tuvieron en un tiempo espléndido comercio. Y, finalmente, a Bruselas, ciudad en la que se elevaban los palacios de la nobleza.

Los habitantes de Flandes eran, por lo general, de buena y aventajada presencia, trabajadores, industriosos, aficionados a la música; pero algunos informes de la época les muestran también avaros, charlatanes, recelosos, desagradecidos, crédulos, inmoderados en la bebida y amigos de las comilonas; también les hacen algunos poco a propósito para esfuerzos

corporales y trabajos intelectuales. La población, según otros informes contemporáneos, era bulliciosa y alegre.

Refiere Alonso Vázquez, sin duda como donaire, que ya en la cuna se les daba a los niños cerveza con el biberón. Y también que a medianoche era frecuente ver por las calles a las mujeres en busca de sus hombres que salían borrachos de las tabernas. "Bautizos, bodas y entierros, fiestas eclesiásticas y políticas —dice Ludwig Pfandl— daban ocasión a copiosas francachelas y desordenadas orgías. En apretadas filas, cada hombre con una mujer, sentábanse alrededor de una mesa muy grande, cogidos del brazo y con las copas llenas en la mano, bebían entre gritos y carcajadas y se besaban ruidosamente en la boca sin haberse enjugado antes los labios. Al que no se emborrachaba, se le tenía por traidor, puesto que temía decir la verdad en medio de la borrachera y quería ocultar sus íntimos sentimientos".

El país estaba lleno de posadas y mesones, en los que era muy agradable estar y hospedarse. Erasmo de Rotterdam, al hablar de una de estas posadas o mesones en que él paró alguna vez, dice que "en las mesas estaba presente siempre una mujer para entretener a los huéspedes con bromas, pues allí dominaba una admirable libertad, pero de buen género, en lo concerniente a las formas y ceremonias usadas en sociedad. Primeramente se presenta la señora mesonera para saludarnos e invitarnos a la alegría y a saborear los manjajares. Después se deja ver la hija, una personilla bien ataviada y tan jovial en el decir y en su porte que hubiera hecho reir al más triste. Las dos platicaron con nosotros no como huéspedes extraños, sino como amigos de largo tiempo conocidos y de confianza. El servicio de mesa estaba de acuerdo con todo esto, pues las divertidas charlas no llenaban el estómago".

Las Memorias de la época hablan, finalmente, de la moral relajada, en general, de estas gentes de Flandes. Las mancebías eran visitadas por hombres y por mujeres. Y se añade que algunas muchachas del pueblo se ganaban su dote concu-

rriendo algunas temporadas a estas casas.... La legitimación de hijos bastardos era frecuentísima entre los cortesanos.

Ya hemos dicho cuál era la organización política de estos Estados. Los elementos políticos más importantes pertenecían al Imperio alemán. Los Estados se habían desprendido en gran parte de Francia. Y aunque el duque de Borgoña había llegado a tener el primer puesto después del rey en Francia, hubo un indudable acercamiento a Alemania, sin intención por parte de Carlos el Temerario de elevar el rango de sus Estados. Este príncipe no llegó todavía a formarse una idea moderna del Estado. El suyo era todavía un Estado medieval, en el que florecía el servicio caballeresco. La sociedad borgoñona, sin embargo, era una heredera de la de Francia. En francés escribían todos sus artistas.

No podemos dejar de hacer una alusión a las famosas pinturas en madera que se hicieron en Flandes, ni a los libros piadosos que allí se editaban, los famosos "Libros de Horas", con preciosos adornos marginales. Hemos de citar también los tapices "Gobelinos", en los que aparecían vestidos al modo caballeresco los dioses de la Mitología y los héroes legendarios.

El fausto de la corte borgoñona es cosa conocida de todo el mundo. Y de allí nos vino a nosotros, los españoles, la fastuosidad de la corte de los Austrias, en contraste destacadísimo con la corte trashumante de los reyes católicos. Citemos a este efecto la creación de la Orden del Toisón de Oro que, "por amor a la caballería y para protección y difusión de la creencia cristiana", instituyó Felipe el Bueno el día de sus bodas, el 11 de enero de 1430. En el simbolismo del Toisón, se exalta la leyenda, la aventura, la gloria caballeresca y, asimismo, la creencia cristiana.

Reyes y Gobernadores en Flandes en el siglo XVI.

Queremos recordar a algunos gobernadores de los Estados de Flandes durante los reinados de Carlos V y Felipe II.

Pero antes de diseñar, siquiera brevísimamente, las semblanzas de los mismos, digamos dos palabras acerca de aquellos dos monarcas.

Tenemos varios retratos de los mismos, y entre ellos los soberbios lienzos del Ticiano. Y tenemos también varias descripciones de embajadores acreditados cerca de ellos; principalmente de los venecianos, que, como es sabido, recogían en sus "Relazioni" el resultado de sus embajadas. Carlos V resulta hombre de estatura mediana, de frente espaciosa, ojos vivos, azules y enérgicos, barba rubia y mandíbula inferior prominente —rasgo característico de los Austrias españoles, heredado de Carlos el Temerario—, nariz aguileña, los miembros de su cuerpo bien proporcionados, complexión flemática y naturalmente melancólico. No era, sin embargo, hombre tímido, antes bien fue un hombre intrépido. Era aficionado con exceso a los placeres de la mesa. Se cuenta que tenía la costumbre de tomar por la mañana, apenas se despertaba, una escudilla de pisto de capón, con leche, azúcar y especias, después de lo cual tornaba a reposar. A mediodía comía copiosamente una gran variedad de manjares; merendaba por la tarde, y cenaba a primera hora de la noche, "devorando —dice un embajador veneciano— en estas diversas comidas, todo género de alimentos propios para engendrar humores espesos y viscosos". Cuenta este mismo embajador que en cierta ocasión, no hallándose contento con lo que le habían dado de comer, manifestó a su mayordomo el barón de Montfalconnet, con tono de mal humor, que no mostraba capacidad en las órdenes que daba a los cocineros, porque todos los manjares que le servían estaban insípidos. —"No sé —respondió el mayordomo— lo que podría hacer para agradar a Su Majestad, a menos que ensaye un nuevo manjar compuesto de potaje de relojes". Esta respuesta, que hacia alusión a la gran afición que tenía Carlos a los relojes, provocó la risa del emperador y de todos los de su Cámara, y nunca se le vió reir con tanta gana. Carlos, sin embargo, bebía sólo tres veces en la comida, pero mucho cada vez y de un solo trago. El César mostró desde niño una serenidad imperturbable. Y fue, ante

todo y sobre todo, un político y un militar. Se ha dicho que tenía una majestad de ánimo que le hacía volar como el águila sobre las pequeñeces de la diplomacia renacentista, minúscula en parangón con las concepciones grandiosas de Carlos.

Felipe II era pequeño de talla y menudo de miembros. De frente amplia, hermosa y señoril; rostro grave, sereno y agradable; ojos azules y grandes, de mirar tan grave que ponían reverencia al mirarlos; nariz bien proporcionada, cabellos rubios, y blanca y sonrosada la tez; el labio superior menor que el inferior. Los embajadores de la época alaban su elegancia en el vestir y su porte verdaderamente señoril. Fue muy aficionado a la caza. Gustaba de montar a caballo. Muy aficionado también a fiestas y saraos. No fue ciertamente el hombre adusto y concentrado que han querido pintar algunos enemigos suyos. Era, sí, un monarca muy celoso de su autoridad. Trabajador incansable. Fue más moderado que su padre en los placeres de la mesa, pero acabó gotoso como él.

Es imposible en unas líneas perfilar la personalidad de ambos monarcas. Pero sí hemos de decir que así como Carlos fue un rey-emperador que recorrió toda Europa dirigiendo la política del mundo, Felipe fue un monarca profundamente español que en España concentró todos sus amores, dirigiendo desde aquí la política mundial. Y podemos añadir, con un político contemporáneo nuestro, que así como a Luis XIV se le ha mostrado como la representación de Francia ante el Consejo de los Siglos y de las Naciones, Felipe II es también representación de España ante ese mismo Consejo.

Pero íbamos a hablar de algunos gobernadores de los Estados de Flandes en tiempo de los dos monarcas citados. Comencemos por la princesa Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano y hermana de Felipe el Hermoso y tía, por tanto, de Carlos V. Y comenzamos por ella por ser figura relevante y estrechamente ligada a la Historia de España. Estuvo a punto de ser reina de Castilla y Aragón, y antes de Francia.

Margarita de York, viuda de Carlos el Temerario, cuando buscó el amparo del emperador Federico III contra Luis XI de Francia, después del desastre de Nancy que costó la vida a su marido, llegó a concertar el matrimonio de su hija María con el archiduque Maximiliano, luego emperador. De este matrimonio nacieron Felipe, el marido de Juana la Loca, y Margarita, que, huérfana de madre a los dos años, estuvo prometida, por razones políticas, al delfín de Francia, yendo a vivir a dicho país y siendo nominalmente reina aunque su matrimonio no llegó a celebrarse. Acabó casándose con el príncipe don Juan de Castilla y Aragón, el único hijo varón de los reyes católicos.

El matrimonio de Felipe con Juana y el de Margarita con Juan se concertaron al mismo tiempo. Margarita vino a España en la escuadra del almirante don Fadrique Enríquez, el año de 1497, saliendo de Flessinga el 22 de enero y llegando después de varias incidencias, a Santanter, y no a Laredo, primitivo punto de destino, el 6 de marzo. En dicho viaje, en el que corrió peligro de naufragar, compuso unos versos para que le sirvieran de epitafio, los que demuestran su temple y su vivo ingenio. Traducidos al castellano vienen a decir así:

Yace aquí Margarita.
¡Infeliz ella!
Pues dos veces casada
Murió doncella.

La princesa estuvo poco tiempo casada con el príncipe don Juan, del que se dice que murió de amor, siendo puesto más adelante como ejemplo y paradigma por Carlos V a Felipe II para que lo tuviera siempre presente en los sacrificios juveniles en el altar de Cupido. Después de la muerte del príncipe y del nacimiento de un hijo muerto, regresó de nuevo Margarita a su patria, donde, después de dos años, contrajo nuevo matrimonio con el duque Filiberto de Saboya; pero este segundo matrimonio, que significó para ella una etapa feliz de su vida, duró también poco, quedando de nuevo viuda

sin hijos en el año 1504, a los veinticuatro de su edad, y, aunque tanto su padre como su hermano la instaron a contraer terceras nupcias, ella se defendió siempre negándose a casar otra vez, y viviendo desde entonces ora en Bourges, ora en Bresse, en la frontera de Saboya, en el Franco Condado, cuidando del Panteón de Brou, en el que estaba enterrado su segundo marido, y siempre rodeada de artistas y literatos.

Por fin, al morir, en 1507, su hermano Felipe el Hermoso, que gobernaba los Países Bajos, fue llamada por su padre para encargarse de aquellos Estados, estableciéndose en Malinas, en donde construyó frente al antiguo palacio ducal en el que vivían sus sobrinos, un nuevo palacio que alhajó lujosamente. Margarita fue la educadora íntima y familiar de los hijos de Felipe el Hermoso y de Juana la Loca que, nacidos en Flandes, en Flandes se educaron.

Felipe y Juana, que casaron en 1496, tuvieron seis hijos. De ellos nacieron en Flandes Leonor, Carlos, Isabel y María. En España nacieron Fernando y Catalina. Los nacidos en Flandes allí se educaron, y los nacidos en Castilla en Castilla crecieron y se formaron. Los hermanos de uno y otro lado tardaron mucho en conocerse y algunos ni se conocieron nunca. Cuando Carlos y Fernando se vieron por primera vez, el primero tenía dieciocho años y el segundo catorce. Los cuatro hermanos del grupo flamenco estaban y estuvieron siempre estrechamente unidos por lazos de amor y cariñosa adhesión. A esta tropa infantil la esperaban las coronas de Europa: Carlos fue rey y emperador; Fernando lo mismo; Leonor reina de Portugal y luego de Francia; Isabel, de Dinamarca, para donde partió a los catorce años; María, de Bohemia y Hungría; Catalina, de Portugal.

Ya hemos dicho que la educadora del grupo flamenco de príncipes fue la archiduquesa Margarita. Esta fue gobernadora de los Países Bajos desde la muerte de Felipe el Hermoso en 1507 hasta que Carlos fue declarado mayor de edad en 1515, pero siguió durante los primeros años de soberanía efectiva de éste regentando aquellos Estados. Margarita, no podía ser de otra manera, tuvo sus sinsabores en la goberna-

ción de Flandes. Se ha dicho que su concepto político fue oscilante. No siempre estuvo de acuerdo con su padre Maximiliano. Pero a su sobrino pudo dirigirle poco antes de morir las siguientes palabras: "Señor: Ha llegado la hora en que no me es posible escribiros de mi puño, porque la enfermedad abrevia mi vida. Descargada mi conciencia y conforme con que se cumpla en mí la voluntad de Dios, sin oponer ninguna lamentación propia, heos instituído heredero mío universal. Devuélvoos estos países, que en ausencia vuestra me confiasteis, no ya como se hallaban cuando partisteis, sino considerablemente engrandecidos; y creo haber regentado el Gobierno de modo que me haga digna de la recompensa divina, de vuestra satisfacción y de la de vuestros vasallos. Os encarezco, Señor, que conservéis la paz, muy señaladamente con los reyes de Francia y de Inglaterra; y os digo el último adiós, en Malinas, este postrero día de noviembre de 1530. Margarita". Unos días antes había transferido sus poderes de regente a Juan Carondelet, barón de Hoogsträten.

A Margarita debió Carlos V uno de sus consejeros más eficientes: Mercurino de Gattinara, piamontés, que había sido consejero jurídico de ella en Saboya. Gattinara sucedió luego a Sauvage en la Cancillería del Imperio. Merecería una proyección acabada, que nosotros ahora no podemos hacer.

Queremos diseñar ahora, sin embargo, la figura de otra mujer que gobernó también los Estados de Flandes en tiempos de Felipe II. Se trata de otra Margarita, hija natural de Carlos V, la que casó en primeras nupcias con Alejandro de Médicis y después con el duque de Parma, Octavio Farnesio. Había nacido Margarita en los Países Bajos y allí todos la respetaban por su rango real, aunque bastarda. Existe un retrato suyo pintado por Moro en el que aparece como una mujer de aspecto varonil. Se dice que era una mujer extraordinaria. Era concienzuda, desinteresada, no brillante ni aguda, pero de fiar; un tanto dada a la melancolía, neurótica como la mayoría de los Habsburgos, pero no exenta de voluntad y de resolución. A veces a sus consejeros les resultaba difícil de soportar. Tenía los ojos azules con las cejas arqueadas, la

nariz respingona, el cabello rojizo obscuro. Sus manos eran fuertes y bellas, con sortijas en los índices; sus vestidos oscuros y cómodos, como de mujer que trabajaba. Era excelente jinete, católica fervorosa y observante, de carácter un tanto agriado por sus frecuentes ataques de gota. Tenía algo de bigote. Felipe II puso a su lado para ayudarla en la gobernación a Antonio Perrenot de Granvela, a quien hizo que le nombrara obispo y luego cardenal. Granvela, que jugó papel muy importante en los asuntos de Flandes, era hombre modesto y discreto, protector de pintores y artistas, aficionadísimo al género epistolar hasta el punto que dejó volúmenes enteros de cartas. Era decidido partidario de la paz, pero su preeminencia en el gobierno de Flandes fue una de las causas inmediatas de la sublevación de aquellos Estados. Felipe II había dividido el país en varios gobiernos que dio a distintos nobles —Guillermo de Nassau, príncipe de Orange; Lamoral de Egmont, conde de Egmont; Felipe de Montmorency, conde de Horn; Flores o Florencio de Montmorency, barón de Montygni; Juan de Berghes, marqués de este nombre, etc.—, pero todo quedó dependiente del Consejo de Estado en el que figuraban, con la regente Margarita y Granvela, algunos nobles flamencos, entre los que se hallaban los citados Orange y Egmont.

A Margarita de Parma sucedió, cuando la sublevación de los Países Bajos, en la gobernación de los mismos, el gran duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo y Pimentel, que contaba entonces cincuenta y nueve años. Es imposible trazar en pocas palabras la semblanza de aquel noble castellano cuya talla, como dice un historiador moderno, midió ya Felipe II cuando sus bodas con María de Portugal, entonces el rey tan sólo príncipe casi adolescente. Alba prestó a Felipe servicios inigualables, si bien en algunas ocasiones su política fuera perjudicial a los intereses del monarca. Su intervención en el problema de la sucesión de Portugal es uno de los hitos memorables en su carrera.

Era Alba de estatura algo más que mediana, delgado, de rasgos duros. De señorial gentileza. Pero no era el verdugo que ha pintado la leyenda. Era un noble altivo, eso sí, pero no

era el hombre rígido y encopetado que algunos quieren. El duque, que sirvió a Carlos V ya Felipe II, fue un hombre fiel a prueba de desengaños, por duros que estos fueran. Se ha dicho que fue un guerrero pasional. Desde luego fue el soldado español que más tiempo estuvo en guerra y que menos frecuentó los salones cortesanos. Se ha dicho de él que vigilaba celosamente el respeto de todos —del rey abajo— a sus prerrogativas, y que hacía valer sus derechos y su categoría, que sólo ante el rey cedía, y eso más en tono de lealtad que de sumisión. Fue vencedor el duque en sinnúmeras batallas. Fue hombre en el que se mezclaban de extraña manera la ternura de corazón y la aspereza de mano. Tuvo que cumplir con repugnancia las órdenes de su rey cuando le envió a combatir contra el papa. Pero obedeció y derrotó a las fuerzas del pontífice, con el que sin embargo se portó luego generosamente en los tratos de paz. Alba tenía un fondo religioso muy grande; su testamento, hecho cuando aún le quedaban muchos años de vida por delante, es una prueba terminante de su buena contextura moral y de su delicadeza sentimental, "conservada —como dice un escritor de nuestros días—, dentro de la coraza de hierro en la que estuvo envuelto casi toda su vida".

El duque poseía en grado sumo el valor personal y fue un guerrero extraordinario. Felipe II, quizás acordándose de los consejos de su padre el emperador, en orden a sus consejeros, mantuvo a Alba siempre que pudo fuera de España. Pero si el Duque fue alejado porque podía hacer sombra al rey, estuvo sin embargo contento de que a él, dondequiera que fuera, tampoco le hiciera sombra la figura del monarca. Poco antes de morir, pudo escribir Alba al rey las siguientes palabras: "Yo estoy, señor, para partirme de esta vida, donde nadie puede dejar de decir la verdad. Tres cosas diré a vuestra majestad: la una es que nunca se ofreció negocio vuestro, por pequeño que fuese, que no le antepusiera al propio. La segunda es que mayor cuidado tuve siempre de mirar por vuestra hacienda que por la mía, y así no soy en cargo a vos ni a ninguno de vuestros vasallos de un solo pan. La tercera

es que nunca os propuse un hombre para algún cargo que no fuese más suficiente de cuantos yo conocí para ello, pospuesta toda afición".

Comentando estas palabras, decía Fray Luis de Granada, al trasladárselas a la duquesa: "Tres cosas son éstas, que las podemos contar por tres maneras de milagros: porque ¿cuándo, en tantos años de capitán general, donde tuvo por soldados a tres emperadores y a un caballero que después fue papa, se vió tal virtud, tal lealtad, tal conciencia y tal templanza?"

Citemos los hombres de los tres últimos gobernadores de Flandes en el reinado de Felipe II, antes de que éste cediera los Estados a su hija Isabel Clara Eugenia y al marido de ésta el archiduque Alberto. No podemos detenernos en ellos. Sus nombres son el comendador don Luis de Requeséns, que había sido gobernador de Milán; el de don Juan de Austria, el vencedor del turco en Lepanto; y el de Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma. Todos ellos ganaron batallas memorables y todos tres ocupan un lugar destacado en la historia de Flandes. Farnesio, general y político al mismo tiempo, hizo revivir la causa de España en Flandes, y, como luego veremos, su plan político quizás hubiese dado otro sesgo al problema de aquellos Estados.

La rebelión de Flandes. Los nobles flamencos.

Hemos de hablar ahora sumariamente del problema de Flandes y de la rebelión de los Estados.

Sabido es que cuando Carlos de Gante ascendió al trono de Castilla y Aragón, los naturales de estas tierras se quejaron constantemente de la invasión de flamencos que con el nuevo monarca se desató sobre los reinos de España. Se ha dicho que los flamencos pudieron también mostrar su desagrado con la permanencia de tropas españolas en su territorio y con los nombramientos de extranjeros para los cargos de la gobernación. Se ha tratado de buscar las causas de la sublevación de

Flandes contra la dominación española. Durante el reinado de Carlos, salvo la esporádica sublevación de Gante, no hubo conflicto, quizás porque el emperador era flamenco y quizás también por la política que siguió en aquellos Estados. Se ha dicho que la sublevación de Flandes fue debida a medidas religiosas adoptadas por Felipe II. Pero ha de advertirse que el establecimiento de la inquisición en Flandes no fue obra de este monarca, sino de su padre el emperador. Uno y otro eran acendradamente católicos, y ambos quisieron defender sus reinos de la contaminación luterana, que procedente de Alemania entró en los Países Bajos favorecida por los predicadores calvinistas. Las causas ocasionales de la sublevación quizás puedan ser de carácter religioso, pero hay que convenir en que también había causas de tipo político. Felipe II en su primer viaje a los Estados de Flandes no fue simpático a los naturales de los mismos. Su temperamento latino era bien distinto del de aquellos nobles con los que tuvo que tratar. El emperador llamó, al parecer, la atención a su hijo para que se mostrase menos reservado con los flamencos. Carlos estaba, indudablemente, más cerca de ellos que Felipe.

Se ha dicho también que la orientación política que éste quiso dar a los Países Bajos fue la causa determinante de la sublevación. Indudablemente, a ella concurrieron muchas causas. De un lado el mantenimiento por Felipe de los edictos o "placards" contra el luteranismo, el nombramiento de Granvela como consejero de la regente, la creación de los nuevos obispados. Indudablemente también Felipe II quiso sujetar a su solo poder todos sus Estados y quiso quizás estructurar los de Flandes dentro del sistema y la organización de su vasto imperio... Los nobles flamencos, de otra parte, empiezan a pensar en la organización de su Estado autónomo, el reino libre de Flandes. También juega papel importante en la rebelión de Flandes la ambición de los grandes de aquellas tierras.

Entre estos nobles, hay que citar como a personajes más destacados, a los que formaban parte del Consejo de la regente: Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, personaje extraño en el país, ya que no había nacido en él; era elocuen-

te, circunspecto, gran bebedor de cerveza, la religión no era para él más que una cuestión de Estado. Era inteligente y enérgico, de palabra y gesto sugestivos. Sin embargo, fue conocido con el sobrenombre de "El Taciturno". Fue autor de la famosa "Apología", diatriba tremenda contra Felipe II, "muestra —se ha dicho— de la debilidad humana cuando los instintos primarios se desatan"; el conde Lamoral de Egmont, oriundo del Henao, distinguido por Carlos V, correspondiendo él a esta confianza con su lealtad al emperador, combatió junto a España en San Quintín y Gravelinas, fabulosamente rico vivía con gran boato, era irreflexivo y se dejaba ganar fácilmente; Viglyus, sabio frisón, gran humanista y jurisconsulto, profesor que había sido de la Universidad de Ingolstad; Berlaymont, con fama de católico sincero, súbdito fiel y valiente soldado. Había otros nobles destacados, como el barón de Montigny, el duque de Arschot, los condes de Mansfeld, Horn, Ligne, Hochsträte, Berghes, etc., todos caballeros del Toisón de Oro. Formaban todos ellos el círculo del príncipe de Orange. Eran ambiciosos, pero patriotas. En principio, quizás no fuesen antiespañolistas, pero pudieron más la ambición en unos, en otros la enemiga contra una política que no les gustaba.

Se cuenta del príncipe de Orange que tenía en su casa un lecho capaz para quince personas en el que sus amigos se quedaban a dormir cuando después de los festines se encontraban incapaces de regresar a sus casas. Cuando el emperador abdicó en Bruselas la soberanía de los Países Bajos en su hijo Felipe, se apoyó en el hombro de Orange que le acompañaba en la ceremonia. Orange era un espíritu positivo, seco y esclavo de la materia, según le ha descrito un historiador moderno.

Felipe II, ante las reclamaciones de los nobles flamencos, acabó por licenciar a Granvela, pero mantuvo sus "placards" contra los calvinistas. Es fama que dijo a su hermana la gobernadora, refiriéndose a la revocación de sus edictos que antes perdería mil veces la vida. Vista la actitud del rey los nobles firman un copromiso y se presentan ante Margarita

de Parma, y como ésta preguntase a Berlaymont quiénes eran aquellas gentes, el citado consejero le contesta: —"Señora, no sino unos pobres mendigos". Desde aquel momento los rebeldes adoptaron para la sucesivo este nombre. Pero se subleva el pueblo. Hay saqueos de templos y las fuerzas españolas tienen que intervenir.

En el Consejo de España hay dos tendencias: una, partidaria de la clemencia y de la política suave; otra, inclinada al rigor. Entre los consejeros próximos al monarca figura el duque de Alba. Por fin triunfa la tendencia rigorista. Y es enviado a Flandes el duque, que se hace cargo de la gobernación de los Estados. Es la guerra.

No nos es posible hacer una relación detallada de la misma. Baste decir que tuvo sus alternativas, pero que se impusieron las armas españolas. Son ajusticiados, por alta traición, los condes de Egmont y de Horn, que Alba había hecho prisioneros. En España es condenado a muerte el barón de Montigny, por razones de Estado: delito de traición y de lesa majestad. La pena de muerte es la que correspondía a dichos delitos. La muerte de Montigny se ha aprovechado para calumniar a Felipe II y para ensombrecer su memoria. Cierto que se obró de manera que hoy nos extrañaría. Pero hay que ponerse en la época. Felipe obró con arreglo al derecho de su tiempo y la concepción política del mismo.

A Alba le sucede el ya citado comendador don Luis de Requeséns, quien sujeta y domina ya quince de las diecisiete provincias. Tras de Requeséns llega don Juan de Austria que gana la batalla de Gembloux. Después se pone al frente del Gobierno y de las fuerzas españolas Alejandro Farnesio, que toma Maestrich y se le rinden Malinas y Bois-le-Duc, y caen también en sus manos, por traición de sus defensores, Groninga, Drenther y Over-Ysel. Orange ofrece la soberanía de los Países Bajos, viéndose en situación apurada, al duque de Anjou, hermano del rey de Francia. Quiere tomar Amberes, pero no lo logra. El de Anjou desiste de aspirar a la soberanía de los Países Bajos. Y Guillermo de Orange muere asesinado en 10 de julio de 1584.

Farnesio que encontró, como flamenco, simpatías en el país, supo comprender que era vano empeño querer dominar a las provincias del Norte (Holanda, Zelanda, Utrecht, Güeldres, Groninga, Frisia y Over-Ysel), que se habían unido a una confederación protestante y en el odio a España por católica y monárquica. Quiso salvar Farnesio las provincias del Sur, católicas y rivales de las del Norte, y en las que había muchos partidarios de España. El plan de Farnesio no se llevó a cabo; fue llamado a España para emplearle en otras empresas, se ha dicho que por recelos que tenía el rey de su popularidad. Sin embargo, hay que mirar a lo que Felipe creía más conveniente para sus Estados y para la ordenación de su política en conjunto.

De Felipe II se ha dicho, en cuanto a la política que siguió en Flandes, que fue débil y claudicante en algunos aspectos y en otros duro y represivo. Hay que considerar, ante todo, la importancia política que tenía la conservación de aquellos Estados, que eran clave en la política mundial. En primer lugar importaban sobremanera para la hegemonía marítima de España. "En posesión de los puertos de Flandes, ha dicho un moderno historiador, resultaba España dueña de todas las llaves que guardaban el dominio de los mares, de las rutas marítimas y comerciales, lo que era tener el aseguramiento del usufructo exclusivamente nacional de las riquezas americanas". Por esto, la enemiga de Francia e Inglaterra y su rapacidad en orden a Flandes.

Hay que considerar que para los neerlandeses la guerra era la lucha por la autonomía; para Felipe II era una lucha de principios, de principios religiosos y de principios monárquicos. Felipe II tenía la convicción de la realeza de derecho divino. La lucha religiosa en Flandes era inevitable, si pensamos en los acendrados sentimientos de este orden de los dos primeros monarcas de la Casa de Austria en España, debiéndose tener en cuenta asimismo que la imaginación soñadora de los neerlandeses se había inflamado prontamente de las doctrinas luteranas. De otra parte, la nobleza empobrecida de Flandes ansiaba poseer los bienes de la iglesia; el

clero, mal organizado, se hallaba falto de formación y la burguesía improvisada perdía las virtudes familiares. Por esta razón alguien ha dicho que en esta situación la nobleza llegó a convencerse de que el éxito de sus deseos sólo se lograría haciendo una sola causa de la reforma religiosa y de la independencia nacional.

¿Pudo remediar el conflito de Flandes la presencia en los Estados de Felipe II? ¿Pensó éste seriamente en trasladarse allí? Preparativos se hicieron muchos. Se equiparon barcos, se dieron órdenes, se dispuso todo para el traslado del monarca. ¿Pero pensó éste realmente en ir a Flandes? Alba, al ver doblegados ante sí a los nobles, pudo decir: "Si conmigo muestran tal docilidad ¡qué sencilla va a ser la labor del rey". Sin embargo, los que acusan a Felipe de indecisión, no tienen en cuenta los problemas que había de dejar detrás de sí al irse a Flandes. Problemas gravísimos todos ellos. Fueron muchos los que le aconsejaron su traslado a las tierras de Flandes, y, entre ellos, el santo pontífice Pío V. Pero Felipe no se movió de España. Y pocos días después de la Paz de Vervins, que puso fin a la guerra con Francia y que determinó el reconocimiento de Enrique IV, el de "París bien vale una misa". Felipe abdicó la soberanía de los Países Bajos en su hija Isabel Clara Eugenia y el marido de ésta, el archiduque Alberto. Cedía Felipe a sus hijos lo que le quedaba de los Países Bajos: Flandes, Artois, Henao, Brabante, Cambray, Limburgo y Luxemburgo. Mirando a Flandes, bien pudo decir el rey aquellas palabras que Goethe pone en boca de Margarita de Parma, en su drama "Egmont": "¿Qué somos nosotros, los grandes de este mundo, en medio de ese oleaje de la humanidad? Pensamos dominarlo y es él quien nos lleva a nosotros a su antojo de acá para allá".

No acabó con la abdicación de Felipe II la acción de España en Flandes. Felipe murió el mismo año de la Paz de Vervins, esto es, en 1598. Le sucedió en el trono de España su hijo Felipe III, piadoso pero débil príncipe, del que ya había dicho su padre: "Dios que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de regirlos. Me temo que me lo han

de gobernar". España, bajo el reinado de Felipe III, tuvo que intervenir en Flandes con las armas porque los holandeses no querían reconocer a Isabel Clara Eugenia y a su marido. Renunciamos a hacer historia de los hechos. Baste decir a nuestra finalidad, que la tregua de La Haya de 1609, reconoció la independencia de las provincias unidas de Holanda que se constituyeron en república bajo el poder del Statuder.

El problema de Flandes fue alcanzado por la guerra de los treinta años. Y en el reinado de Felipe IV, al expirar la tregua con los holandeses, tuvo de nuevo España que apoyar al archiduque Alberto. Se obtuvieron algunos éxitos iniciales. Y envanecido con ellos el rey planeta, como se ha llamado al cuarto Felipe, dio a Ambrosio de Spínola aquella famosa orden: —"Marqués de Spínola, tomad a Breda". Y Spínola, cumpliendo el temerario mandato, fue capaz de poner cerco a la plaza tenida por inexpugnable y la rindió después de un asedio que duró diez meses. El hecho, sabido es, fue inmortalizado por Velázquez en su famoso cuadro de las lanzas.

Spínola sostiene algunos años el prestigio de España en Flandes. Pero cuando marchó a Italia, los Estados se aprovecharon de su ausencia y ocuparon varias plazas. Muere en 1633 la archiduquesa Isabel Clara Eugenia, viuda ya del archiduque Alberto. Y, como estaba previsto, al no dejar sucesión, vuelven los Estados de Flandes a la corona de España. Y es nombrado gobernador el cardenal infante don Fernando, hermano de Felipe IV. La lucha en Flandes continuó con alternativas. España combatía además contra el genio del cardenal de Richelieu, ministro universal de Luis XIII de Francia, ante el que era un pigmeo nuestro conde duque de Olivares. Y llegamos de esta forma, muerto ya el cardenal francés, al año de 1643, en que siendo gobernador de Flandes el portugués don Francisco de Melo, que había sucedido al cardenal infante, sufre España, ante el genio militar del príncipe de Condé, la derrota de Rocroy, en que fue vencida la hasta entonces invicta infantería española, los famosos tercios hasta entonces irresistibles. No podemos ya detenernos en los hechos. Diremos tan sólo que, al contemplar Condé, después

de la batalla, el cadáver del jefe de aquella infantería, hubo de exclamar, en homenaje indudable a los tercios y a su capitán: —"A no ser mía la victoria, hubiera querido sucumbir tan gloriosamente como él".

Conviene llamar la atención acerca de la batalla de Rocroy, en cuanto a la pretensión de los franceses de que tal batalla, al tiempo que la supremacía militar de su nación, entraña la muerte de la infantería española. Nos parece oportuno transcribir aquí las palabras que el general Almirante dedicó a dicha batalla en su "Diccionario Militar". Son éstas: "En Rocroy hubo lo que hay en toda batalla perdida: conocimiento falso de los sucesos; presunción excesiva; destacamiento inoportuno la víspera; imprevisión, atolondramiento, incoherencia, desórdenes, falsas maniobras, o, por mejor decir, carencia absoluta de maniobras; flojedad en al caballería y tropas auxiliares; desaprovechamiento inconcebible de terreno. En tales condiciones hasta el valor suele ser perjudicial y la firmeza desastrosa. Los viejos tercios españoles apelotonados y fieros, batidos como una muralla, nada pueden hacer más que sellar con sangre su reputación. Aunque el hecho táctico es indiscutible, aunque en Rocroy, efectivamente, se marque el primer eslabón descendiente en la gloria de las armas españolas, ni la derrota causó por entonces grande impresión en España, ni en realidad tuvo las consecuencias estratégicas y políticas que suelen traer de suyo las grandes catástrofes. Todo se redujo a una rápida punta del vencedor de Bruselas, y a la pérdida de Thionville". "Los franceses —continúa el general Almirante— están en perfecto derecho de ensalzar su victoria de Rocroy; pero ni allí murió nuestra vieja infantería, que vive y vivirá eternamente mientras se la lleve con acierto al combate, ni en la historia general del arte de la guerra, es, como ellos pretenden, final del capítulo que corresponde a España".

Llega después la Paz de Westfalia (1648) en la que, como alguien ha dicho, se firmó nuestra decadencia. Todavía, sin embargo, nos quedó algo de soberanía en los Países Bajos. Lucharon a nuestro lado, en nuestras propias filas, el prín-

cipe de Turena y luego el de Condé. Flandes entró luego en los proyectos de reparto que se propusieron las naciones, ante la falta de sucesión de nuestro desdichado Carlos II. Vino, al fin, la Guerra de Sucesión, ya entronizado en el trono de España Felipe V, el primer Borbón que nos gobernó. Y se llegó tras ella a la Paz de Utrecht (1713), en la que cedimos Bélgica al emperador Carlos VI; Güeldres al elector de Brandenburgo. De nada valió que Alberoni, el abate italiano, luego cardenal, que fue ministro de Felipe V, quisiera hacer resurgir a España de su letargo. Nuestra suerte estaba echada. Los Estados de Flandes se perdieron para España y fueron a otro círculo político.

Dos palabras finales acerca de las guerras de Flandes. Éstas, como todas las habidas y por haber, trajeron indudables enseñanzas en el arte militar. Se ha dicho que "ley del mundo la lucha por la existencia, la guerra es tan antigua como la humanidad y necesaria a su progreso". Ya dijimos quienes fueron los principales caudillos de España en Flandes, Alba, don Juan de Austria, don Luis de Requeséns, Alejandro Farnesio... Hubos otros capitanes ilustres a la órdenes de éstos.

Alba fue un magnífico estratega; Requeséns político notable, supo unir la benignidad con la energía; de don Juan de Austria baste decir que en su corto mando en Flandes, puso de manifiesto sus ya conocidas cualidades; Alejandro Farnesio fue, según frase de un escritor de historia militar, la más notable personificación de la escuela militar hispano-italiana, que empezó con el Gran Capitán y que en el siglo XVI efectuó el renacimiento del arte de la guerra y abrió el camino a la estrategia moderna. Y dice el tratadista aludido: "En organización no hizo reforma alguna. Su infantería sigió distribuída en regimientos o tercios, desiguales en fuerza y compuestos de piqueros, arcabuceros y mosqueteros. Su caballería no tuvo unidad táctica ni administrativa superior a la *corneta, bandera o compañía,* pero supo emplearla como nadie antes que él, especialmente en los servicios de exploración y flanqueo". "Se le deben los adelantos siguientes: en artillería

aumento de rapidez en el tiro, aumento de efectivo, desde la proporción de un cañón de mil hombres hasta la de tres por mil, y su división en artillería de campaña y sitio; en poliorcética (arte de atacar y defender las plazas fuertes), el uso de cestones rellenos de tierra en las obras de aproche, el de las bombas explosivas y la aplicación de la brújula, nivel y plomada para la construcción de las minas". "Fue Farnesio, añade el escritor ya repetido, el primero que empleó en los tiempos modernos la fortificación de campaña".

Uno de los generales más distinguidos del bando contrario a España en las guerras de Flandes fue Mauricio de Nassau. No aventajó a Alba en estrategia, ni a Fernesio en poliorcética y fortificación de campaña. Pero el arte militar también le debe importantes adelantos en los que no podemos ahora detenernos.

Y llegamos al final. Sentiríamos haber fatigado vuestra atención, y no haber hecho amena nuestra disertación, que ha tenido por fuerza que ser, como dijimos al principio, un tanto esquemática y quizás un poco desordenada. Habréis de disculpar todas sus faltas. Quiero concluir recordando, en relación con los Estados de Flandes, una frase de un escritor español dedicada a Flandes del Sur, a Bélgica. Se ha dicho por tal escritor que Portugal se hizo para marchar por los caminos del mundo, y Bélgica para que los caminos del mundo pasaran por ella. Recordad las dos últimas guerras mundiales de este siglo. Flandes, ahora y antes, es una tierra estratégica de Europa. Por razones de estrategia, si no fuera por otras, quiso Felipe II, como antes dijimos, conservar y defender aquellos Estados, punto crucial en la política europea. Flandes se perdió definitivamente para España en el siglo XVIII. Pero sus costas y sus campos los dejamos llenos de la sangre generosa y de los huesos de nuestros soldados, defensores siempre del sentido ecuménico y cristiano de la vida.

FRANCISCO DE NÁRDIZ.

BIBLIOGRAFIA

A. BALLESTEROS BERETTA: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal.* 2.ª edición. Salvat, S. A. Barcelona, 1943 y siguientes.

R. MENÉNDEZ PIDAL: *Historia de España.* Tomo XIX. Dos volúmenes. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1958.

BERNARDINO DE MENDOZA: *Comentarios de lo sucedido en las Guerras de los Países Bajos.* Biblioteca de Autores Españoles (Rivadeneira). Nueva edición. "Atlas". Tomo XXVIII. Madrid, 1948.

CARLOS COLOMA: *Las Guerras de los Estados Bajos.* Biblioteca de Autores Españoles (Rivadeneira). Nueva edición. "Atlas". Tomo XXVIII. Madrid, 1948.

CARLOS BRATLI: *Felipe II, rey de España. Estudio sobre su vida. y su carácter.* Bruno del Amo. Madrid, 1927.

LUIS PRÓSPERO GACHARD: *Carlos V y Felipe II a través de sus contemporáneos.* Colección Cisneros. "Atlas". Madrid, 1944.

KARL BRANDI: *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial.* Editora Nacional. Madrid, 1943.

ROGER BIGELOW MERRIMAN: *Carlos V. El emperador y el imperio español.* Espasa Calpe, S. A. Buenos Aires, 1940.

WILLIAM THOMAS WALSH: *Felipe II.* Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1943.

REINHOLD SCHNEIDER: *Felipe II o religión y poder.* Gráficas Universal y Editorial Escelicer. Madrid, 1943.

FRANCISCO DE LA IGLESIA: *Estudios históricos.* Imprenta Clásica Española. Madrid. 1918-1919.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE: *Curso de historia militar.* R. Gómez-Menor. Toledo, 1898.

LUDWIG PFANDL: *Juana la Loca.* "Austral". Buenos Aires, 1937.

LUDWIG PFANDL: *Felipe II. Bosquejo de una vida y de una época.* Cultura Española. Madrid, 1942.

MARIANO D. BERRUETA: *El gran duque de Alba (Don Fernando Alvarez de Toledo).* Biblioteca Nueva. Madrid, 1944.

MANUEL DE FORONDA: *Estancias y viajes del emperador Carlos V.* Edición numerada. Madrid, 1914.

D. B. WYNDHAN LEWIS: *Carlos de Europa emperador de Occidente.* Colección Austral. Buenos Aires, 1939.